

LA METAPOLÍTICA

Lourdes Quintanilla Obregón

La metapolítica

Ernest Jünger es un maestro en el arte de la metapolítica y, pese a todas las apariencias, no trata de asuntos políticos. Baste leer *La Emboscadura*. Si bien es cierto que critica a los “nuevos analfabetos de la política”, se aparta de las teorías en boga porque sólo aspiran a dar una explicación lógica y compacta del mundo. El pensamiento “racional” es cruel: deja fuera los grandes problemas, las cuestiones candentes de nuestro tiempo. Para hacer comprensible el mundo y poder actuar sobre él o al menos formular nuevas preguntas, necesitamos ocuparnos de otras cosas que no son políticas.

La metapolítica consiste precisamente en instalarse en otro contexto. Guardar distancia no sólo para cuestionar sino para imaginar. La mirada es metahistórica, más allá de los datos y los hechos sólo interesan en su supervivencia. Más allá de la dimensión temporal, Cronos aparece como tiempo sin vejez, recorrer la historia a voluntad y detenerse en lo que verdaderamente importa. La mirada es inactual, se mueve en diversos planos, matiza, desoculta, ve a través.

La separación, mantenerse fuera, constituye la plena inmersión en el tiempo. Desde la más profunda intimidad buscada deliberadamente se representa el mundo. A la distancia, lejos del torrente, se contempla la continuidad a pesar de aparentes rupturas. El “más allá” es esencial. Sólo quien es capaz de poner distancia respecto a sí mismo y respecto a los demás puede ejercer el arte de la metapolítica. Más aún: sólo quien se concibe a sí mismo libre y soberano puede convertirse en un maestro. Se aprende en los libros y en la vida, en el viaje interminable alrededor de sí mismo.

Jünger nos presenta la figura del emboscado. Bosque: lugar espiritual, metapolítico. Allí se retira la persona singular en medio de riesgos y peligros para ejercer su libertad originaria. Hay bosques en las ciudades y en los desiertos, en cualquier parte. Desde el propio bosque contempla la representación y ha adquirido la óptica para descifrarla. Le han ayudado el arte, la filosofía y la teología. En medio del bosque se ha forjado a sí mismo. La fortaleza y la serenidad le acompañan y está decidido a no ser un mero espectador pasivo.

El emboscado ha aprendido a descifrar las apariencias. Mira a través de las palabras y las máscaras, conoce las trampas que se ocultan con refinamiento. Por ello, ignora la propaganda y el discurso. Cambian conceptos y cosas entre el juego y la violencia, entre el azar y la necesidad, como siempre. Desde su propio centro juzga y valora y ha aprendido a ejercer su libertad. La metapolítica, en suma, es un acto de liberación en el sentido más profundo de la palabra.

¿Cómo ejercer la libertad? se pregunta Jünger. El emboscado sabe lo que le exige nuestro tiempo pero sabe también algo más. Frente a nuevos poderes, nuevas libertades. La libertad originaria se viste con el espíritu del tiempo. Sólo pueden darse tiranías cuando se domestica la libertad, nuestra más absoluta y legítima propiedad. El miedo fortalece al poder y todo puede ser objeto de miedo. Miedo a la violencia, al despojo, a la muerte. Buscamos desesperadamente la seguridad y todos los poderes la ofrecen.

¿Es posible liberar del miedo al ser humano? Nadie se libra de la angustia y el dolor pero el emboscado es su propio juez, su propio médico y su propio sacerdote. Sólo pueden prestarle ayuda el conocimiento, la amistad y el amor que le permiten afirmar la vida.

El emboscado no trafica con su libertad ni con su soberanía. Desde luego no es neutral. Vive en el aquí y el ahora y está dispuesto a pagar el precio.

Al hacerlo, pone límites al Leviatán. Si guarda silencio no es por resignación, actitud meramente defensiva nunca modo de actividad transformadora. A un hombre libre, dice Jünger en alguna parte, se le conoce tras dos o tres frases y su "aura" la perciben todos.

Las libertades y los derechos de las democracias modernas están definidas en la Constitución. Pero el emboscado vigila. Se pueden violar los derechos legalmente o modificar la Ley a juicio de los poderosos. Su mirada metahistórica ha visto muchas injusticias públicas. El derecho va más allá de la palabra escrita. Frente a una enorme superioridad de fuerzas, la emboscadura tiene que hacerse realidad a cada hora, en cualquier sitio y si mantiene viva la capacidad de resistencia ningún poder podrá hacerla renunciar a actuar.

Hay muchos emboscados, muchas personas singulares que miran más allá de la política. Se han enterado de lo que hay que defender por los poetas y los filósofos. Por ello, guardan distancia pero están dispuestos a actuar. Han aprendido que las sombras oscurecen las más bellas promesas y adivinan el trasunto opaco en el acaecer político. Paradójicamente, la metapolítica permite intuir lo que sucede. Y, al ampliar la mirada, se puede hacer la crítica más radical del presente.

La percepción del espectáculo cambia. El emboscado ha logrado su identidad y percibe a los otros con sus límites y sus acciones sobre su propio bosque. Así adquiere la certidumbre de su realidad, puede brindar amparo y es capaz de "gestos principescos". Todos vamos en la misma nave. En caso de peligro, la persona singular toma las riendas y ofrece protección. Ha aprendido que la libertad es una conquista permanente y está dispuesto a defenderla. No teme y tampoco está solo. Sabe que hay emboscados en la multitud y por su misma naturaleza son ricos y bondadosos. Pertenecen a la aristocracia espiritual del mundo.

La figura del emboscado se ha metamorfoseado en la figura del anarca. Aparece en *Eumeswil*, ciudad situada frente al mar siempre peligroso y junto al desierto que avanza. Se vive en el nihilismo consumado, orden y seguridad. Se ha perdido la fe en los valores y ya nadie pretende

cruzar la línea. Estamos en el Tercer Milenio de la Era Cristiana muy lejos de los grandes incendios del siglo XX.

El anarca es historiador. Ha seguido un largo proceso de iniciación a través de sus maestros espirituales. Vigo le ha enseñado el arte de valorar los hechos y lo ha enfrentado con la incertidumbre de los sucesos así como a cruzar el pasado en sentido oblicuo no en sentido cronológico. Bruno, el filósofo, a pensar por sí mismo. Thofern, el gramático, el valor de las palabras. Los tres hablan de mitos y de dioses “distanciados del tiempo”.

Por la noche, el anarca trabaja como camarero al servicio del Cóndor, el tirano de *Eumeswil*. Es libre de elegir lo que le plazca y logra mantener el *pathos* de la distancia en el seno del poder. Por ello, ve mucho y es poco visto. El autodistanciamiento es esencial: observa, escucha, adivina. Los poderosos se comportan como todo el mundo salvo en las ceremonias públicas. El liberal está descontento con cualquier régimen, el anarquista quiere romper el orden para crear otro, los adoradores de Rousseau hablan de contrato social. El anarca es escéptico por naturaleza. Recorre la serie de los poderes y procura no tropezar con ninguno. Si ha aceptado trabajar algunas horas con el tirano es simplemente para conocerlo mejor, y de hecho, ambos son soberanos. Al anarca le importan la esencia del mundo, la filosofía, el arte, la religión. Y como se poya en sí mismo no se siente ligado ni al tiempo ni a la tradición.

A través del “Luminar”, magia de la nueva técnica, el anarca manipula adecuadamente las teclas y puede reflejar cualquier momento de la historia.

Confirma lo que ya sabía: la creación es imperfecta, algo estuvo mal desde el principio. Cualquier intento de repararla es inútil. Tiranos y demagogos se suceden, sólo cambian máscaras y disfraces. Ya Shakespeare representó magistralmente el ascenso y la caída de los poderes, parece imposible agregar nada más. No especulemos parece decir el anarca. Baste recordar que especular viene de “speculum”: espejo. Vemos reflejos de la misma imagen.

Jünger lanza una mirada desencantada sobre el mundo del poder. Es peligroso, es cierto. Pero el anarca es un emboscado y conoce las reglas del juego. No trata tampoco de volcar el tablero. Y, sin embargo, no pasa

nada. El tedio rodea al tirano, el tedio del poder siempre igual a sí mismo, rodeado de burócratas y de policías. La técnica ha permitido en *Eumeswil* el control total y los ciudadanos se muestran tranquilos. Tienen pan y circo. De vez en cuando aparece un folleto subversivo. El tirano puede mostrarse amable.

Las espléndidas imágenes de Jünger nos conducen por múltiples caminos a lo que verdaderamente importa. Gracias al arte de la metapolítica sabemos algo más. El escritor nos deja, como siempre, en la incertidumbre. Desde nuestro propio bosque compartimos su mirada esperanzadora porque lo esencial está más allá. Jünger en ningún momento desespera, ama demasiado la vida. Al igual que Hölderlin, sabe que en el peligro está lo que salva.

Testigo excepcional del siglo XX, una de las voces más claras y contundentes, más informativas y ricas de la modernidad, imagina un nuevo siglo lleno de sorpresas. Ver, solamente ver y sostener la mirada. Ejercitarnos en el arte de la metapolítica es una exigencia de nuestro tiempo. La Física contemporánea se hermana con la Filosofía y el hombre se concibe a su vez como un microcosmos. La técnica tiene sus aspectos mágicos y su esencia: modo de expansión político-económico-militar amenaza al planeta rodeado de satélites. El arte sólo presenta el enigma como solución.

Nuestra época no es peor ni mejor que las otras. Jünger mira el antiguo presente, lo que ya fue y con lo que nos encontramos, el rico festín del conocimiento que nos ha tocado vivir y nos ayuda a hacer comprensible el mundo. Tal vez así y sólo así surgirán nuevas preguntas sobre nuestros tiempos múltiples y diversos. El emboscado teje sueños y esperanzas y afirma lo que llamamos “realidad”.

